

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 21 DE OCTUBRE DE 1923

NÚM. 20.194

EL MILAGRO DEL PEZ IN FESTO RAPHAËLIS — ARCANGELI —



FIGURAS arcangélicas cierran el pródigo paraíso estival; primero, San Miguel, vencedor del espíritu maligno, y ahora, San Rafael, el portador del pez milagroso, el protector del joven Tobías y mediador en sus castos amores con Sara, la siete veces viuda. Tierna y misteriosa es la leyenda del santo, según nos la cuenta el libro bíblico de Tobías, y llena de sentido y significaciones simbólicas. ¿Quién ignora que el santo fué enviado por Dios a la Tierra para que acompañara al joven Tobías en su excursión a Rages, adonde lo había enviado su anciano padre a cobrar una cuenta, y luego lo condujese a Ramot, a casa de su prima Sara, y lo desposase con ella? El santo se le aparece al joven bajo la figura de un caminante y el nombre de Azarias (defensa de Dios), le acompaña a cobrar la cuenta y luego a casa de su prima Sara, predestinada por Dios para esposa suya; en el trayecto, un gran pez, saliendo del Tigris, acomete al joven, amenazando devorarlo; pero el santo le da muerte y le ordena a Tobías que lo recoja, pues ha de servir para el cumplimiento de un prodigio. Sara está siete veces viuda y siempre virgen, pues el espíritu maligno les daba muerte a sus esposos en la noche nupcial. Tobías, sin embargo, se casa con ella, y aleccionado por Rafael ahuyenta a los espíritus malignos con el humo que desprende el unto del pez quemado en la brasa.

¡Admirable sentido epitalámico del símbolo, que nos descubre el misterio de caridad de la leyenda! ¡Y qué oportuna ha sido la Iglesia católica, esa comunión de grandes poetas, al colocarla en este tiempo otoñal, en que el verano rinde su cuenta de efímeros oros y las primeras lluvias empiezan a formar ese río de lágrimas del invierno, ese caudaloso Tigris del año! ¡En esta época de los recuerdos, qué oportuna la figura del viejo Tobías, que con sus ojos nublados, como los del día que ahora mengua, vuelve la mirada hacia el lugar en que está su deudor y manda allá a su hijo, como al último día de su verano que se extingue! Tobías quiere cobrar su deuda antes de cerrar los ojos para siempre, y en esa impaciencia suya hay toda la premura con que el año quiere lograr su premio. Otoñal es verdaderamente todo este libro bíblico, por ese anhelo con que el anciano quiere cerrar las puertas del año teniendo en casa la deuda cobrada; y el episodio del dragón confirma este carácter otoñal del libro por su alusión a la época pluvial y a los peces zodiacales. Pero este dragón representa, además, todo el simbolismo de la leyenda, todo su sentido de amor; y con razón caracteriza al arcángel en la iconografía religiosa. Porque el pez, representado por la letra *nun* en el alfabeto oriental, simboliza el sentido erótico en su aspecto físico por su proverbial fecundidad, por lo que los sirios, en sus días de castimonio, abstenerse de gustarlo; los

ángeles de alma pura son siempre los vendedores del dragón, y Rafael, al proteger al joven Tobías de la amenaza del dragón del Tigris, obra la misma victoria que Miguel sobre el espíritu maligno. Ya luego no puede extrañarnos que en sus desposorios con Sara eluda la suerte de los siete maridos anteriores; el dragón nefasto y diabólico se ha trocado, por la virtud del arcángel, en el pez bueno, símbolo de la Eucaristía en la pintura cristiana, en el pez de Noé, hijo de Nun; en el pez de las leyendas favorables, en cuyas entrañas se encuentran nupciales anillos. Y como un anillo vivo media en los desposorios de Tobías y Sara.

Y he aquí cómo al término del verano, cuando parece que va a extinguirse la gran caridad del estío, simbolizada en la espiga de oro, la Iglesia nos brinda esta leyenda consoladora, enviándonos a este arcángel de los buenos amores, a este recaudador de deudas, para que nos acompañe en la peregrinación autumnal.

De entre las lluvias de octubre, Rafael, el arcángel, viene a nosotros trayéndonos su pez milagroso, última forma del pan de la caridad, viático de los caminantes y luz de los ciegos... Guardador de los confines del otoño, el dulce paraíso de hojas secas, anunciado en el cielo por el signo del acuario, último santo en el cortejo de los santos del estío, parece haber tomado ese pez del gran río sideral que en estos días se desparrama por entre los resquicios de la urna del zodiaco para ofrecernos todavía un testimonio de la caridad del estío.

¿Qué se hicieron ya de las rosas de San Antonio, y las estrellas fugaces que San Lorenzo arrojaba a las bohardillas pobres, y el corderillo que San Juan sacrificara en la alborada de junio, y el gran pan de San Cayetano? Ninguno de esos trofeos de la caridad de la Iglesia se ha perdido; porque helos aquí transformados en ese pez milagroso que, además de ser un viático, representa otra de las formas del amor caridad: la cu-

ración. El amor, medicina, prerrogativa de Esculapio en el mito gentil. Rafael, medicina de Dios, cura con el unto del pez los ciegos ojos de Tobías y provee con lo demás la mesa del anciano, equiparando así su dádiva a los grandes panes que la Iglesia benéfica dispensa a los pobres. Pero para mayor claridad del símbolo, Rafael, celeste medianero, facilita con el cobro de la deuda famosa el casamiento del joven Tobías, con lo que el episodio bíblico termina en un epitalamio y se declara la esencia amorosa de toda caridad. El pez del arcángel igualase así con las rosas de San Antonio, el casto protector de los amores, y con el pan de San Cayetano, y diríase que, al abrirlo, van a salir de él también las estrellas perdidas en la noche de San Lorenzo, más preciadas que todos los anillos de las leyendas hallados en entrañas de peces.

San Rafael, con su don arcangélico de alas, obra también el milagro de la caridad activa y rompe los éxtasis del ve-



LA ERMITA DEL BOSQUE. — CUADRO DE M. DE SCHWIND

rano en que se adormecen otros santos de la pródiga teoría. Semejante al otoño, con un amor intrépido, recorre los senderos mojados y marcha delante de los viajeros, guiándolos, como la antigua columna de fuego de la Biblia, el libro misterioso, de cuyo corazón salen todos estos prodigios. Guía de caminantes, medianero de amores puros, protector de jóvenes y ancianos, dirige el cortejo de las almas en el éxodo otoñal hacia el invierno y abre los ojos que se cerraron a la contemplación de las maravillas celestiales. Ningún tiempo del año tan dulce como éste en que el santo atraviesa enjuto por entre los regueros de las primeras aguas; pero también ninguno tan medroso para los espíritus que desconfían. El río de lágrimas del otoño corre junto a los viandantes, llevando en sus aguas el dragón del invierno. Pero el ángel intrépido da muerte al dragón y le saca un unto saludable, evocación del milagro eucarístico. Bajo las alas de Rafael los caminos estarán seguros, los amantes románticos podrán inclinarse sin temor sobre las fuentes, y los soles brillarán más claros en la lluvia, hasta que nuevamente se alce el sol de amor que nace entre la nieve de enero.

R. CANSINOS-ASSENS

En torno a la tragedia de la vida

Como Obermann, yo soy todo para mí, aunque sea nada para el Universo. Pero el Universo no es sin mí; no tiene, al menos, sentido para mí si yo no existo.

Todas las técnicas y todos los inventos son cosas subalternas, son para mí, y yo ¿para quién soy, Dios mío? He aquí un gran problema, el más torturador y el único. Tan grande cosa como soy yo, pues que soy el eje del Universo (al menos, para mí), me hallo en la mayor ignorancia de mí mismo y de mi destino.

Y acaso es ésta mi mayor felicidad, o por lo menos me veo forzado a creerlo así. Pero es tan grande nuestro afán de salvarnos, es tan hondo, tan instintivo nuestro deseo de no perecer, de vivir, de sobrevivir, que no vacilamos en sacrificarlo todo para nosotros.

El mundo exterior (naturaleza y vida) vale en cuanto nos ayude a vivir. Las mismas personas, el mismo prójimo, son siempre medios, a pesar de todas las excelencias morales del que estime lo contrario. Son desde luego medios cuando nos servimos de ellas para vivir, y cuando parece que nos sacrificamos por ellas y creemos hacerlas fines, entonces es que queremos algo más que vivir: anhelamos sobrevivir, la gloria sobre la vida. En el amor parece contradecirse esta norma; pero en realidad es un espejismo. En el amor nos amamos a nosotros mismos a través del prójimo. Lo que yo amo en mi madre o en mi amante soy yo mismo; mi sensibilidad y mi persona se extienden en ellas y me duele el dolor de ellas. Pero lo cierto es que nosotros queremos salvarnos siempre a costa de los otros; es decir, ¡salvarnos!... Queremos salir adelante. Y lo triste, lo paradójico, es que quien no lleve sus afanes hasta los límites de la vida y más allá, se anula a sí mismo, se olvida a sí mismo.

Toda nuestra vida, toda nuestra conducta gira en torno de nuestros semejantes; pero no para ellos. Si les aludimos constantemente en nuestros actos es porque necesitamos el reflejo de nuestra conducta en ellos; nuestra obra necesita un paciente. Y el paciente es el prójimo. Cuando no precisamos su di-

ro, precisamos su opinión y su aplauso. Y todo ¿para qué? Para no morir, para no perecer. Nosotros no sabemos, en realidad, quiénes somos; pero queremos a todo trance ser esto que somos. Acaso nos conviniere ser otra cosa. Acaso nos conviniere no ser; pero este género de conveniencias no se nos alcanza, y por ello, ante todo, queremos ser... Y lo más religioso, lo más divino en nosotros es este «querer ser». Rendimos homenaje, de esta suerte, a la voluntad suprema que nos ha creado. Por eso es mandamiento divino amar al prójimo como a uno mismo, ¡como a sí mismo! ¡Ah, esa teoría que hace del hombre una cosa, un elemento más del Universo, tendrá siempre la protesta de todo hombre, de todo corazón!

Cuando yo era niño, un señor eclesiástico me hacía esta reflexión cada vez que yo mostraba temor a la muerte: «Tú tienes una excesiva idea de ti mismo—me decía—, porque tú tienes poco o ningún valor en relación con el Universo. Te morirás tú, y el curso de las cosas no habrá variado.» Una fuerza íntima y divina protestaba en mi alma de niño de este cruel razonamiento, cruel sólo por ser razonamiento.

Ya sé, ya sé que la mayor parte de los hombres no reparan en eso; que no podría existir el mundo, de lo contrario. Triste cosa es esta que todo en este mundo viva de la disciplina, que ciega y ata así en las cosas del más allá como en las del más acá. La rebeldía da al traste con todo. Nada queda en pie en cuan-

to un hombre se propone ser rebelde. Y sin embargo...

Los hombres, desde el principio de la creación, tenían limitados caminos: o pensar en descifrar su destino y su origen, y morir de tristeza de no poder descifrarlo, con lo cual se habría acabado el mundo; o entregarse al canto de sirena de la vida, sin pensar jamás en sus problemas, o, en un tercer término, establecer una norma ecléctica e intermedia, dar una solución religiosa a aquellos trágicos problemas, y, una vez resueltos así, ponerse a vivir. Inventan entonces la razón, la arquitectura hecha de mitos como la «Humanidad», ese hombre filósofo que vive por encima del hombre histórico de carne y hueso, y así las actividades morales, la ciencia, el arte, alcanzan una realidad.

El hombre, este hombre A o B, se sacrifica a la Humanidad, al hombre abstracto. Sí; mi destino histórico en el mundo, mi «deber», me obliga a mantener este patriotismo vital, a ser leal a mi vida, a sacrificarlo todo, incluso yo mismo. Extraño razonamiento que no logra convencerme, por lo mismo que es razonamiento y que me lo presenta mi razón. Y yo me veo obligado a preguntar a mi razón, como el personaje del cuento, ¿a usted quién le presenta?

Quien presenta a mi razón, ¿qué título ni qué garantía me ofrece? Yo no puedo echarme a vivir tutelado por la razón sin examinarle sus poderes. Dan yo mi vida por la Vida; es decir, mi vida anecdótica y real por la vida de todos, por esa vida de todos, que por ser de todos no es ya de nadie. No; al igual del gran don Miguel Unamuno, ¡yo no sería «dimisionario» de mi vida! ¡Morirse por deber! Y no porque encuentre amable la vida, sino porque la vida me pide vivir, y yo no encuentro ninguna razón superior a esta de mi vida, nada que se ponga enfrente con alguna seriedad. Extraña y paradójica actitud esta de mi propia razón, intentando convencerme de que debe ser así. Mi razón alcahuete de no sé qué extraños poderes; mi razón enfrente de mí. ¡Mi razón atentando contra mí mismo!

Si; quedan en la vida muchas cosas gratas, el aspecto ético y estético de la Naturaleza, los bellos paisajes, los lindos amaneceres o las poéticas puestas del sol. Quedan los tónicos de la amistad y cierta gracia de las personas, y todo esto para vivir está bien; pero para morir, es nada. Todo esto para distraerme de la ignorancia y tragedia de mi fin, es poca cosa. Todo esto ni siquiera está bien para la vida, cuando me propongo en la vida no pasar adelante sin que me expliquen a mí mismo. No, no; yo quiero saber quién soy antes de gozar de la campaña y entregarme tranquilamente a la amistad y a las bellas cosas de este mundo... La gente del sentido común me dice que discurra, que razone, y en cuanto razone, en cuanto haga uso de mi razón, ya estoy cogido en la trampa, ya estoy encarrilado, ya emprendo la marcha, y, preocupado con el movimiento de mi coche, no puedo volver la vista atrás.

Yo no quiero encarrilarme, porque no quiero marchar; quiero descarrilar de propósito, quiero salir fuera de la vía para ver el tren de mi vida... Quiero descarrilar porque quiero ser como los niños, que les prometen dulces cuando los alejan del hogar, y ellos, sin embargo, quieren volverse a sus casas.

Yo también quiero volverme. Quiero conocer mi misterio. Lo terrible es que si me explicasen mi misterio acaso no habría podido resistir la explicación. ¡Qué horror!

POETAS ESPAÑOLES

— CONCEPCIÓN —

Schopenhauer, gran poeta, que en prosa cantó el dolor, invocó a Dafnis y a Cloe, y así hablaron del amor.

DAFNIS.

Quisiera que tu gracia, Cloe hermosa, y la dulce armonía de mi ser plasmaran en la estatua de una diosa que después convirtiéndose en mujer.

CLOE.

¡Parábola ideal, Dafnis amante! De luz y de hermosura estoy ungida. Tú eres bello y altivo y arrogante. Leguemos nuestras gracias a la vida.

Y en el bosque de tirsos florecientes, constelado de arroyos cristalinos, hubo un acorde son de arpas rientes que desgranaron sus ocultos trinos.

Fué la dulce armonía sideral a las pánicas flautas de los lauros. Por el bosque pasó en forma espectral como un coro salvaje de centauros.

Y bajo el palio fulgurante de oro, de la noche sagrada y misteriosa, la cúpula pagana dió el tesoro de una estatua de amor, de ámbar y rosa.

Un escenario. En tu cuerpo un ritmo que las gracias no tuvieron. Sobre toda exégesis. Dafnis y Cloe así te presintieron.

Emilio PALOMO

— DON QUIJOTE —

¡Salud, maestro insigne de proezas, épico soñador de adusto ceño, forjador inmortal de áureas grandezas y de un mundo ideal señor y dueño!

Grande fué tu locura, magno el gesto desfacedor de agravios y traiciones; cual ninguno, animoso en el arresto y pio entre piadosos corazones.

El honor fué tu guía; digna y alta aspiración de tu alma, Dulcinea; gayo sol del espíritu que exalta y al prender en la mente se hace idea...

Nada contra tu brazo logró el rudo golpe de los molinos ni el garrote irreverente del yangués sañudo, ¡altivo y temerario Don Quijote!

Por encima del golpe iba el empeño, y era más viva que el valor la llama

sacra del Ideal... ¡Magia del sueño que en prodigiosos éxtasis se inflama!

¡Caballero sin par, rey de los altos pensares y las grandes concepciones!... De tu ánimo, señor, estamos faltos; ¡sin fe no vuelan ya nuestras canciones!

¿Qué fué de las virtudes de tu raza? El metal de tus armas ya no brilla; hay otro vil metal que lo reemplaza, ¡muy duermen los leones de Castilla!

Séenos propicio en esta edad de prosa y sórdido interés, que la locura suele el brillo ostentar de una preciosa piedra maravillosa de hermosura...

Séenos propicio; aliente tu osadía nuestra flaqueza... Avive el vacilante fuego de nuestra fe, y en la porfía ¡el ánimo sostén con la pujante fuerza de tu frondosa fantasía!

Angel DOTOR

Victoriano GARCIA MARTI



DE NUESTRO CONCURSO
= DE FOTOGRAFÍAS =

ENTRE LIETOR Y AYNA

EL MÁS BELLO RINCÓN
= DE ESPAÑA =



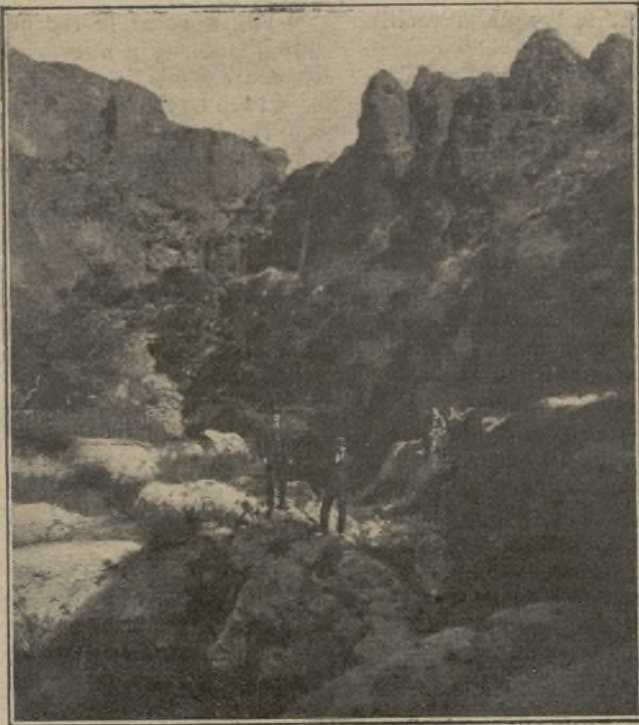
No encontraréis marcadas estas rutas, que conducen a los más bellos rincones de España, en las guías de viajeros ni en los itinerarios que utilizan las caravanas de turistas. Los ferrocarriles españoles se trazaron pensando prosaicamente en la facilidad y en la baratura de la construcción; buscaron las llanuras y las regiones pobladas; festonearon las luengas carreteras que ya había trazado Carlos III; huyeron de todo lo agreste y vario y pintoresco. No se imaginó que había de llegar un día en que gentes adineradas recorrieran la tierra, sin groseros afanes de negocios, para buscar lo bello y admirarlo y gozar en su contemplación.

Así, no sólo está desconocido lo mejor de las obras que creó la Naturaleza en el suelo de España, sino que se tiene de ella una falsa idea de aridez, de monotonía, de desolación, de pobreza. A la luminosa España de crómo en las cajas de pasas o en los abanicos valencianos, se opone la España gris, la España negra, sin árboles y sin flores, que ven los viajeros que cruzan nuestro territorio en los vagones de ferrocarril.

Y a los españoles les ocurre otro tanto. Ya se han popularizado un poco las bellezas soberbias de algunas regiones, y ya comenzamos a enterarnos de que no tenemos por qué envidiar a Suiza; pero falta mucho tiempo aún para que España nos sea enteramente conocida.

Ved aquí un caso concreto. Mirad un mapa cualquiera; contemplad la enorme extensión que hay sin ferrocarriles, entre las líneas de Albacete a Murcia y de Alcázar a Baeza. Buscad en ese hueco la cuenca del río Segura, el del los desbordamientos trágicos. Seguid su curso hacia sus fuentes y encontraréis uno de sus más cuantiosos afluentes: es el río Mundo; nombre que parece ufanía de su ejecutoria romana.

Siguiendo estas aguas cristalinas y gemidoras hacia Occidente, os iréis adentrando en un valle, cercado de bravíos peñascales, de picachos retorcidos, como si los titanes mitológicos los hubiesen sometido a tortura, de montañas abruptas, al fin, que tienen un nom-



Núm. 11.—Sierra de Calar de Mundo... Lema: LA TOBA.

bre sonoro y altisonante, como un blasón de hidalguía. Sierra de Calar de Mundo se llaman.

El sol cálido, la tierra fecunda, corrientes las aguas por naturales torrenteras y por acequias que trazaron las manos laboriosas de los moros, veis cómo en los breves llanos y en las escarpadas faldas rocosas arraigan el olivo, la morera, la vid y los árboles frutales. Por doquiera escucháis el acordado zumbido de las abejas que fabrican sus panales y destilan su miel.

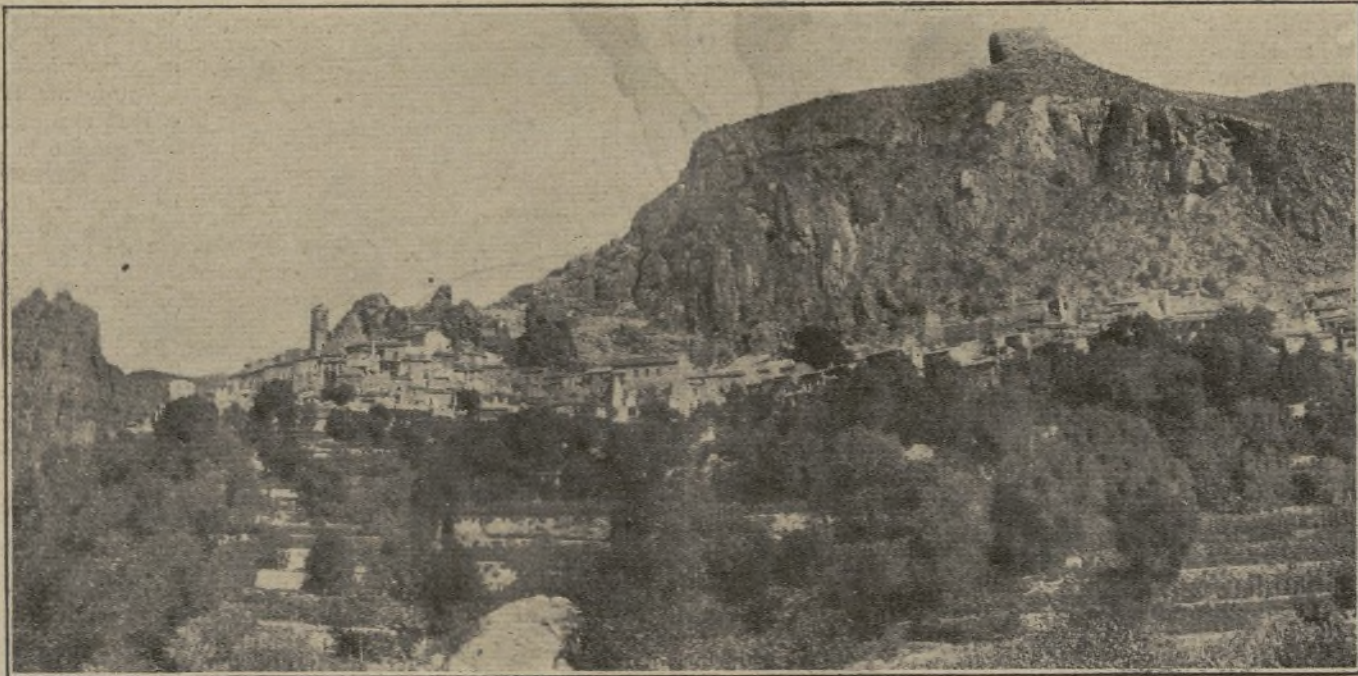
En las quebradas y en las cumbres, en medio de los boscajes y en las orillas del río se alzan pueblos blancos, de pintoresca traza, de retorcidas calles, de soberbias perspectivas, de tradiciones moriscas, de costumbres clásicas que no turbó la invasión de extrañas gentes. He aquí Ayna, que engrandecen los industriosos vecinos, escalando la sierra que le sirve de dosel. Enfrente, Lietor; al pie, formando el vértice de un triángulo, Letur, cuyas calles cruzan todavía las acequias de riego trazadas antes de la Reconquista. En medio, Elche de la Sierra, el antiguo *chocico* de pastores y ganaderos, casona vetusta que ha llegado a transformarse en aldea y luego en villa, y ha conquistado su personalidad municipal.

Están aquí los más bellos rincones de España. Naturaleza bravia, clima de perenne primavera, bosques y jardines, ríos y acequias, verdor de los espartizales y los viñedos, abundancia en la tierra y alegría en los

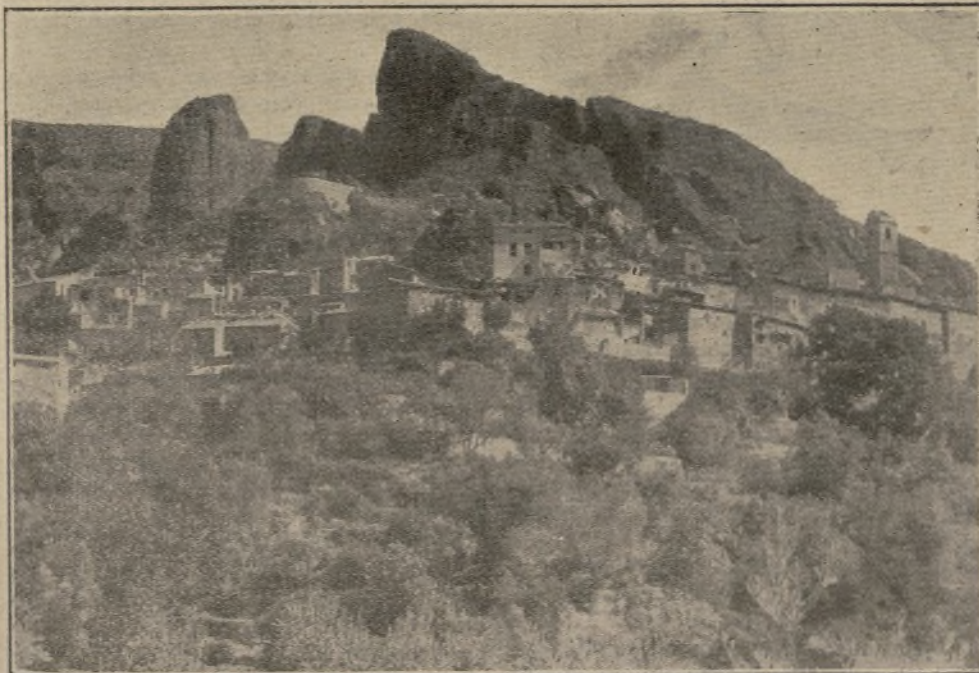
cielos; paz y poesía... El ferrocarril pasa muy lejos; las cosas tristes de España llegan como un eco, casi tan tenue como el acordado zumbido de las abejas que trabajan incansables...

Así, estos riscos, estos bosques, estos campos verdes en que el laboreo es una tradición, una técnica consuetudinaria, con su vocabulario singular y sus modos especiales, encuadran con su misterio y su poesía los pueblos seculares donde la raza conserva los trazos moriscos y los hábitos, que ya son leyenda en otras regiones. Y yo os digo, viajeros, que recorriendo estos lugares evocaríais la grande España que fué...

MINIMO ESPAÑOL



Núm. 12.—He aquí Ayna, que engrandecen los industriosos vecinos... Lema: LECHO DE ÁRBOLES



Núm. 13.—En las quebradas y en las cumbres... Lema: LA TEJERA.



Núm. 14.—Están aquí los más bellos rincones de España. Lema: FANTÁSTICA.

JUANON, TOMASONA Y EL TESORO

CUENTO PARA NIÑOS POR PINOCHO

Un buen día, al labrar su pequeño huerto para sembrar patatas—bueno, creo que eran patatas; pero no lo afirmo, porque a lo mejor eran guisantes, o pensamientos, o judías—, Juanón se encontró un puchero lleno de monedas de oro.

El primer sentimiento del buen Juanón fué una alegría enorme, cosa muy natural, pues lo mismo nos ha sucedido a todos siempre que nos hemos encontrado algún tesoro, ¿verdad?

Pero aún no había tenido tiempo de reflexionar acerca de su dicha imprevista, cuando oyó a sus espaldas un grito de sorpresa tan agudo, que parecía el silbido de un tren: era su mujer, Tomasona, que volvía de tender ropa en el prado—o quizá de lavarla en el río—, y a quien le había bastado una mirada para darse cuenta de todo.

Juanón se quedó aterrado; él conocía bien a su señora esposa y sabía perfectamente que entre todas las mujeres del pueblo—y bien sabe Dios que en punto a cotorras y comadres no se quedaba ninguna atrás!—Tomasona les daba a todas ciento y raya en cuanto a curiosidad y charlatana.

—¡Buena la hemos hecho!—murmuraba Juanón para sus adentros, mientras Tomasona bailaba para celebrar el hallazgo—. Como mi mujer tome el asunto por su cuenta, mañana se enterará todo el pueblo de que he encontrado un tesoro; pasado, a mucho tardar, llegará a oídos del señor alcalde, que dentro de tres días me arrebatará el oro con puchero y todo, que no le han de faltar pretextos para quitarme de en medio y quedarse con lo que no le pertenece.

A él sí que le faltaban medios para impedir que su mujer charlara; más fácil le hubiera sido detener la carrera de un caballo desbocado que la lengua de aquella cotorra. Y cavilando, cavilando, Juanón vino a pensar:

—La única buena cualidad que tiene mi mujer, por lo menos la que más ha de valerme en este caso, es la de ser tonta de remate.

Y sobre la base de esta tontería providencial, Juanón elaboró un plan admirable para proteger su tesoro de las garras del señor alcalde.

Empezó por marcharse al pueblo con una gran cesta al brazo, y allí llenóla con una hermosa liebre, cuatro kilos de pescado variado y tres docenas de tortas, que no recuerdo si eran de Alcázar, pero creo que sí.

Aquel día, durante la comida, Tomasona se dedicó a echar cuentas de la cantidad de refajos de lana, pañuelos de seda y collares que alcanzaría a comprar con las monedas de oro del puchero. Al acabar la comida, su marido le dijo:

—Tomasa, coge una cesta y vámonos al bosque a pescar.

—¡Al bosque!—exclamó la mujer—. ¿Pero tú estás soñando? ¿No sabes que en el bosque no hay ni un mal riachuelo?

—¿Y qué falta nos hacen ríos ni estanques para encontrar pescado? ¿Tú no sabes que los peces también salen de la tierra, al pie de los árboles?

—¿Como las setas?

—¡Naturalmente! ¡Cuidado que eres ignorante!

La buena mujer—si su marido la tenía por tonta de remate, nosotros no tardaremos en creer otro tanto—no se atrevió a chistar; convencida, cogió la cesta y echó a andar.

A poco de llegar al bosque, Tomasona dió un grito:

—¡Mira qué hermoso lenguado!

Y era verdad: al pie de una encina había un lenguado hermoso y fresco.

Al poco rato encontraron una merluza magnífica; luego, tres pescadillas, mordiéndose la cola; luego, una lubina. Al volver, la cesta estaba llena. Salfan ya del bosque, cuando, al recoger un besugo junto a un pino, Juanón agitó, como al descuido, las ramas bajas del árbol, y, ¡oh, maravilla!, una torta cayó a

—Voy a sacar la red que dejé ayer—dijo Juanón—, y puede que haya caído en ella alguna liebre.

—¿Pero hay liebres en el agua?—exclamó Tomasona.

—¡Claro! Cuando hay peces en el bosque, ¿no puede haber caza en los ríos?—contestó el marido—. ¡Cuidado que te pones impertinente con tus preguntas!

Sacó la red y, ¡claro!, dentro había una liebre magnífica, que Juanón se echó al hombro con gran satisfacción.

Se disponían a entrar en su casucha,

que resultó que la misma noche no lo ignoraba ya ni una rata..., ni el mismo señor alcalde.

También se había equivocado Juanón al suponer que a este ilustre personaje no le faltarían pretextos para apoderarse del tesoro; en realidad, estuvo pensando en ello tres días y tres noches, y no hallando ninguno—no por ser alcalde se ha de tener imaginación—, acabó por tomar el camino más corto y sencillo, que, según dicen, es siempre el mejor.

Y así fué que el buen señor mandó llamar a Juanón y le dijo, sin más ni más:

—Parece ser que has encontrado un tesoro. Lo quiero para mí; ve a buscarlo y tráemelo volando.

—Señor alcalde—dijo Juanón con gran seriedad—, yo no he encontrado ningún tesoro.

—¡Embustero! Tu propia mujer se lo ha contado a una prima del cuñado de una hermana de mi suegra.

—¡Pues no me diga usted más! Basta que lo haya contado Tomasona para que no sea cierto; pues ha de saber usted, señor alcalde, dicho sea entre nosotros, que la pobrecilla está más loca que un cencerro, y, sin darse cuenta, miente más que habla..., ¡que ya es mentir!

—¡Que me traigan a la Tomasona!—ordenó el alcalde.

Y cuando la tuvo delante:

—¿Es cierto—preguntó—que tu marido ha encontrado un tesoro?

—Sí, señor—contestó ella.

El alcalde tuvo una sonrisa de triunfo.

—Pero oye, Tomasa—dijo Juanón a su vez—, ¿qué día ha sido eso?

—¡Otra!—exclamó ella—, ¿pues, no te acuerdas? El día aquel que fuimos al bosque a pescar.

—¿Al bosque?—repitió el alcalde, extrañado—. Querrás decir al río.

—¡Quia!, no, señor; al bosque, a pescar esos peces que salen al pie de los árboles; en el río lo que cogimos fué una liebre.

—¿Una liebre en el río? ¿Pero qué estás diciendo, mujer?

—La pura verdad, señor alcalde. Tan verdad es que la cogimos en el río como que nos la comimos con arroz, y de postre nos zampamos una docena de esas tortas que se crían en las ramas de los pinos y que, por cierto, estaban riquísimas.

—¿No le decía yo a usted, señor alcalde—dijo Juanón con fingida pena—, que la pobre está chiflada?

—¿Cómo que estoy chiflada?—gritó Tomasona, furiosa—. A ver si a ti se te va a haber olvidado una cosa que ocurrió hace tres días, el mismo día que al señor alcalde, aquí presente, le sorprendieron robando en la tienda chorizos y longanizas...

—¡Que se lleven a esta mujer!—vociferó el alcalde—. ¡Está loca de atar!

Esta aventura no corrigió a Tomasona, que siguió curioseando y charlando a troche y moche; pero como todo el mundo la tenía por loca y embustera, nadie le hacía caso ni creía una palabra de lo que decía.

Justo castigo, del que no lograban consolarla ni los delantales de seda, ni los refajos de lana, ni los collares de oro que con los dineros del puchero hallado en el huerto pudo comprar, desde entonces, a su antojo.

PINOCHO

Dibujo de BARTOLOZZI.



sus pies. Tomasona levantó la cabeza y dió un grito:

—¡Pero si las ramas de este árbol están cargadas de tortas!

—¿Y eso qué tiene de particular?—contestó Juanón tranquilamente—. ¿Acaso no has visto nunca árboles que dan tortas en vez de frutas?

—¡Nunca!—afirmó la mujer, que estaba boquiabierta de estupefacción.

—Pues no se lo digas a nadie, porque pensarán que no sabes nada y se reirán de ti.

Con la cesta llena de pescado y el delantal repleto de tortas, volvía el matrimonio a su casa, cuando acertaron a pasar a orillas de un río.

cuando vieron correr a gente del pueblo que gritaba y alborotaba.

—¿Qué pasará?—exclamó Tomasona—. ¡Voy corriendo a enterarme!

—No te molestes—dijo Juanón, sujetándola por un brazo—. Yo te lo diré: no es sino que al señor alcalde le han sorprendido robando chorizos y longanizas en una tienda y todo el pueblo le persigue.

—¡Qué grandísimo bribón!—exclamó Tomasona, satisfecha con estas explicaciones.

No conocía Juanón a su mujer tan bien como él creía, puesto que supuso que al día siguiente todo el pueblo se enteraría de su hallazgo, y no ocurrió así, por-

DON JUAN DE ASÍS

NOVELA CORTA ORIGINAL DE F. MARTÍNEZ-CORBALAN

La tertulia de los enamorados

Al llegar al rellano de la escalera se abrieron, a la derecha y a la izquierda, dos puertas nada amplias. La de la izquierda daba paso al salón de café; la de la derecha, a un saloncillo donde los domingos se jugaba a la lotería. El resto de la semana solía verse solitario y como abandonado; por las noches, ni siquiera se daba luz en él.

Como el salón de café del Ateneo Popular solía ser fértil en jugadores de dominó, harto bullangueros y discutiidores, los mozos enamorados prefirieron acogerse a la grata soledad de aquel saloncillo, con sus mesas tapizadas de verde y sus tres balcones abiertos sobre la calle de San Pascual.

Así que daban las once o las once y media de la noche, empezaban los mozos enamorados a desfilar del salón principal, para hacer su inflamada y romántica tertulia en lo que ellos llamaban su despacho. Se pedía una botella de aguardiente o unas rodás de calientes—agua caliente, cognac y café—, y daban comienzo los suspiros, las dulces y amargas quejas, el elevar los ojos y oprimir con elegante ademán el pecho, dentro del que se suponía ardiendo inextinguiblemente un corazón llagado por el más dulce y anhelado mal de este pícaro mundo.

Alguno de aquellos jóvenes sacaba del bolsillo un libro de versos y proclamaba lleno de lírica exaltación:

—De Juan Ramón Jiménez.

Callaban los charlatanes, y el mozo, con desmayada voz, leía lentamente, muy lentamente, los versos sutilísimos del maestro.

Iba más que mediada la botella del aguardiente, cuando otro de los enamorados recitaba a Nervo, Antonio Machado, Villaespesa. Algunos lloraban con la copa entre las manos; otros rompían a cantar una sentida habanera, y no faltaba quien tararease el *Allegretto* de la séptima sinfonía.

Una noche se presentó en la tertulia don Crisanto Izquierdo. Los mocitos le miraron con desdén.

—¿Qué hacéis, muchachos?

—Una cosa rara. Leemos versos.

—A usted esto le hará reír. No parece usted muy sentimental.

Era cierto. Don Crisanto Izquierdo no parecía un sentimental. Estaba calvo con verdadero ensañamiento; era flaco, menudo; caminaba con un paso corto muy igual, rígido, casi mecánico. Sólo en los ojos podía verse una dulce luz. Solterón irreductible, vivía solo, paseaba solo, no

pagaba los cafés ni jugaba al dominó.

Don Crisanto tuvo una dulce sonrisa para el que afirmó que no le parecía un sentimental.

—¿Y qué leéis?

—Leemos a Antonio Machado.

—¡Antonio Machado! —dijo el viejo—. ¡Gran poeta, sí, señor; un gran poeta!

Los jóvenes se miraron con asombro. No estaban solos en el pueblo. El viejo, sonriente y amable, dijo, encarándose con el que parecía—por su palidez y sus guedejas—más sentimental:

—Conque yo no soy un romántico... Mañana le traeré unos fragmentos de mis Memorias.

Luego pidió un cigarrillo: lo encendió. Pidió una copa: la absorbió de una succión poderosa, sin levantarla, sin inclinarla, sin verter el líquido en la boca.

—Lean ustedes eso. No me lo pierdan, porque no tengo copia y es, a mi juicio, la parte más interesante de mi vida.

Tomaron las cuartillas y, sin más ni más, todos se acomodaron para escuchar. Don Crisanto, humilde, sonriente, modesto, salió sin hacer ruido.

El lector presunto se tomó una copa. Por riguroso turno se fueron levantando todos y bebiendo sin ruido.

—Bueno, tú. Venga ya.

—Venga, venga.

—Silencio. Allá va. Esto se titula:

“Los anhelos sin nombre”

Ya he hablado en otros capítulos de estas Memorias de mi infancia y adolescencia. Ahora añadiré que cuando contaba los veinte años era, además de

el fondo de mi corazón, había como unos posos inefables; unos vagos, imprecisos, amorfos anhelos.

Yo no sabía de qué. A veces imaginaba que eran de lucha; otras creía que eran de gloria; llegué a pensar si serían de sacrificio. No podía precisarlo. Pero aquel vacío, aquella especie de flato sentido angustiosamente en el lado izquierdo, llegó a causarme inquietud. No se lo decía a nadie. Paseaba, hacía solitarios, velaba, fumaba cigarrillos. Una absurda esperanza me decía que acabaría por encontrar mi camino.

La pérdida de las Colonias me llevó al mitin. Creí firmemente que debía luchar por mi patria. La gente no me hizo caso y el alcalde me llamó para reprenderme. Yo pretendía nada menos que hacer una revolución. «Usted nos quiere llevar a

la ruina, a un abismo» —me dijo el buen hombre—. Yo me asusté. Quería salvar a mi patria y resultaba que la llevaba a un abismo. Desistí de mi campaña por patriotismo.

Una tarde vi torear a Guerrita. Yo sería torero. El oro, el sol, los aplausos, los vestidos de caireks y de seda, la gloria popular a pleno sol... Sí, yo sería torero; ese, ese era mi camino. Toré. Una vaca, en un pueblo manchego, me rompió las costillas. Vi que era peligroso; que los animales cornudos, machos o hembras, no me tenían ninguna clase de atenciones. Lleno de dolor me corté la coleta.

Las gentes decían que yo debía estar loco. No; no lo estaba. Es que buscaba mi camino.

Escribí versos en broma. Luego los escribí en serio. Me hice socialista cuando

nadie lo era. Acabé con profundas crisis de misticismo.

Nada. Los posos inefables, los vagos anhelos, seguían en el fondo de mi corazón y de mi espíritu. Hasta que un día...

—Ahora empieza otro capítulo que se titula

“La forastera”

Como este episodio inicial de mi sacerdocio ocurrió hace ya tanto tiempo, no recuerdo si fué en verano cuando tuve lugar o fué en invierno, por las fiestas de la patrona. Recuerdo, sí, que ella llevaba una blusa clara; pero por este detalle nada se puede precisar. Por más esfuerzos que hago no consigo sacar de mis recuerdos si yo iba sin chaleco o tenía mi gabán en la barandilla de la escalera. Sentí esta imprecisión, ya que, como digo, fué el punto inicial, el momento en que comencé a ver un poco claro.

Recuerdo perfectamente que fué en un



Sonrió, y se fué con su paso corto, rígido, erguido, mecánico.

Las Memorias de don Crisanto

A la noche siguiente la tertulia de los enamorados se recomía de impaciencia. Eran más de las doce y don Crisanto no se había presentado. La curiosidad despertada por un hombre que tenía escritas sus Memorias era indescriptible. Todos decidieron comenzar a escribir las suyas.

—Las doce y media y ese tío sin venir.

—Uno de los enamorados—*honoris causa*—, que rayaba en los cincuenta, insinuó una serie de calumnias que no tuvieron éxito. La misma suerte corrieron unos versos de Villaespesa. Aquella noche no era posible hacer nada.

Ya dada la una, apareció, sonriente y rígido, don Crisanto. Saludó cortés, pidió un cigarrillo, se sirvió una copa, la succionó, y luego extrajo del bolsillo interior de la americana unas cuartillas.

abogado, un mozo romántico, feo, aficionado a los solitarios y muy dado a urdir fantasías descabelladas, en cuya ilación y desarrollo empleaba muchas horas. Mi tema favorito era la lotería. Partiendo de que me había tocado el premio gordo, yo imaginaba una larga novela, llena de viajes, de esplendores, de altruismos y negocios fabulosos. Como no dejaba detalle y daba a mis elucubraciones un lógico desarrollo, el llevar al fin estos enredos de mi imaginación me costaba muchas horas de paseos solitarios o de insomnio, si por acaso era de noche cuando me aferraba a mis ensueños. Pero no me satisfacía este entretenimiento. La cabeza quedaba fatigada, pero el corazón lo sentía tan vacío, tan ligero e ingrátido, que parecía que se me escapaba y llegaba a sentir el vacío en el pecho. Entonces aspiraba el aire todo lo que podía para llenar aquel vacío con algo.

En el fondo de mi espíritu, o acaso en

baile que se celebraba en el salón del antiguo Casino Primitivo. Había una animación grande, y muchachas y muchachos se contoneaban acompasadamente entre suspiros, sonrisas y palabras entrecortadas por la emoción y por la fatiga de la danza.

Yo estaba allí, no sé cómo. Miraba. La fantasía se puso al galope y comencé a imaginar que yo, sin que nadie lo sospechara, era el mejor bailarín del mundo; un bailarín elegante, lleno de gracia, de ritmo, con una figura esbelta, fina, armoniosa, que atraía sobre sí todas las miradas y todas las admiraciones. Las gentes me aclamaban y pedían que bailara yo solo. Mi ademán modesto, complaciente, lleno de nobleza y gracia, era acogido con fuertes murmullos de admiración... Por ahí andaba, cuando un discreto golpe dado sobre mi brazo me trajo a la realidad. Me volví.

—Crisanto, ¿quiere hacer el favor de apartarse un poco? Esta señorita, que es forastera, no puede ver nada porque usted, ¡ay!, no es transparente.

La dulce voz de Antonita Perales, llena de cadencia, entraba como un encantado herbiquien mis oídos. Sus ojos, un poco turbios por la miopía, me miraban con cierta burlesca interrogación. Naturalmente, miré a la señorita forastera, me incliné, di unas excusas y me aparté a un lado.

Seguía el baile cada vez con mayor animación. Sacaron a bailar a Antonita, a su hermana, a su prima. Toda la fila de sillas estaba desocupada.

Sólo, cerca de mí, permanecía sentada la señorita forastera.

Yo comencé a sentir una íntima congoja.

Aquella señorita no bailaba, no la sacaban a bailar. Terminó la orquesta, se desbordó la charla alecada de mocitas y mocitos, y tornó a preludiar un vals el sexteto.

Otra vez la larga fila de sillas quedó vacía. Sólo, cerca de mí, permanecía sentada la señorita forastera.

Me congoja se hizo profunda angustia. «¿Será coja?»—pensé—. Miré al borde de su falda y vi asomar el pico lustroso de sus zapatos. Entonces miré a su rostro. Era fea, franca, decidida y lastimosamente fea. Tenía un cutis moreno verdoso, granujiento, velludo. Bajo las cejas, muy pobladas, parpadeaban, rápidos, unos ojos sin pestañas, enrojecidos y pequeños como los de un pájaro. La boca era menuda, pero sin gracia y de un desvaído color cárdeno. Sí, era fea, flaca, bajita. Lo único bonito eran aquellas puntas brillantes de sus zapatitos de charol.

Ella debió notar mi minucioso examen, porque torció el gesto y trató de volverme la espalda. «Caramba—me dije—, además es desagradable.»

El baile seguía. Y con el baile iba en aumento mi secreta angustia. Aquella señorita forastera no bailaría. Su corazón, amargado por otros desdenes semejantes, estaría lleno de hiel y de lágrimas. Era desagradable; pero ¿sabía yo cuánto habría sufrido, cuánto habría llorado? Acaso al principio, hace unos años, al aparecer en estas modestas fiestas, ella era dulce, simpática, resignada. Luego, su fealdad y la poca galantería de los hombres la irían entenebreciendo, amargando, llenándola de una sorda desesperación. Era fea, sí; ¿pero qué culpa tenía?

Yo no sabía bailar. Era torpe, pesado, sin gracia. La señorita forastera me miraba a hurtadillas. Le sonreí. Ella abrió con asombro sus ojillos de perdiz. Le volví a sonreír. Se pasó la punta de la lengua por los labios, se atusó los rizos que le caían encima de las ojeras, y, ca-

si sonriendo, esperó. Yo le volví a sonreír.

¡Señor! ¡De todos los dolores, de todas las tristezas y congojas de mi vida me recompensó aquella sonrisa de felicidad con que la señorita forastera correspondió a mi sonrisa! Yo sé, Señor, que entonces fué cuando tú me perdonaste todos los pecados cometidos.

—Si tocan un pasodoble y usted me hace el honor de aceptar mi brazo...

—Con mucho gusto. Es usted tan amable...

Bailamos con la gracia de los osos. Pude ver sonrisas y aun risas contenidas. A mí no me importaba y ella parecía no ver nada. La felicidad daba a su rostro una expresión desconocida. Estaba casi guapa. No le hablé mientras bailábamos por temor a perder el compás. Al terminar, me coloqué a su lado.

Ella, sonriendo siempre, me lanzaba miradas rápidas. Estaba desasosegada, sin escuchar a Antonia Perales ni a nadie. Yo, cortado por la falta de costumbre, no sabía de qué hablar. Le pregunté que de dónde era. Ella me habló de su pueblo, de su familia, de sus amigos. Tenía una voz melosa, llena de armonía. Yo cerraba los ojos para escuchar.

No había tenido nunca novio.

—Como soy tan fea...—dijo en una exquisita coquetería y sin ninguna convicción.

Yo le hablé de mis vagos anhelos.

—Eso es poesía. Sin duda es usted un gran poeta.

Me pavoneé. Para qué negarlo. Le dije que sí, que hacía versos; ella me pidió que le recitara alguno. Accedí lleno de orgullo.

Así comenzó nuestro noviazgo y mi modesto sacerdocio.

Como Pepita—la señorita forastera—no vivía en el pueblo, me fué fácil ser su novio. No viéndola, limitándome a escribirle, podía llevar a aquel espíritu amargado el más dulce de los consuelos. Fué feliz durante unos meses.

Sus cartas, al principio estaban llenas de amor y de gratitud. Comprendía que no podía despertar una pasión y se resignaba, humilde y casi sublime, a aquella farsa de caridad. Mis cartas eran líricas, de un romanticismo cursilón y empalagoso para todos, menos para ella que las creía y besaba con todo el reconocimiento de su alma, abollada a desdenes y florida ahora por el milagro de un novio feo, abogado, fantasista y extraño que andaba buscando su camino, tratando de dar forma a aquellos vagos anhelos que hacían poso en su alma y en su corazón.

Cuando observé que los renglones de sus cartas empezaban a espaciarse y que la letra menuda empezaba a crecer, me di cuenta de que no me quería. Las cartas, en lugar de diez renglones por carilla, traían seis.

Luego empezó a excusarse. No tenía tiempo... Se iba el correo... Mañana escribiría...

Yo seguí igual. No quise que viera cansancio en mí. Prefería que ella regañase, dejase de escribir, se hiciese la ilusión de que me despedía.

La gente se rió mucho de nosotros. No comprendían. La delicadeza exquisita que suponía aquel noviazgo con una mujer tan fea no supo apreciarla nadie. Ni ella.

Un día dejó de escribirme. Yo le escribí aún cuatro cartas que no tuvieron respuesta.

Realmente, yo era un poeta, un extraño, profundo y admirable poeta. Y no lo sabía.

—Esto es muy interesante.

—Regular — dijo el enamorado honrrado.

—Bueno. Sigue, a ver qué pasa.

—Adelante. ¡Que traigan más aguardientel

“La vocación

A fuerza de fingir un amor todo pureza y lirismo llegué a sugestionarme, y di en pensar que realmente estaba enamorado. Sentía dentro de mí una gran turbación, una confusa mezcla de alegría y de pena, y pude notar que aquel vacío que a veces sentía en mi pecho se hacía ahora más desconsolado y frecuente.

Ni absorbiendo aire con todas mis fuerzas, ni jugando al tute, ni entregándome a las más disparatadas y largas fantasías lograba consuelo alguno. Aquello era amor. Ante tan inaudito suceso me llené de una alegría triste, cuya flor era mi sonrisa melancólica, que yo creía llena de seducción y de interés.

Paseé mi sonrisa algún tiempo; escribí a la ingrata, sin obtener respuesta. Acabé por entristecer y suspirar de veras; pero no por Pepita. Estaba triste y suspiraba de un modo natural.

Analizando, encontré que aquel acto mío de fingir amor a una muchacha fea tenía, además de un gran mérito, una gran belleza.

Me envanecí, y mucho tiempo me tuve por un hombre extraordinario.

Sin darme cuenta empecé a frecuentar los bailes, a reunirme con las muchachas, luciendo mi interesante melancolía como si fuese un afilador de corbata. Mi aire de sufrimiento, mi sonrisa incomparable y algunas alusiones a la profunda amargura que anegaba mi alma, acabó por interesar a algunas señoritas. Pude observar que mis amigas copiaban mi aire de presunto suicida, mis degolladas miradas, y, por último, que hablaban de incompreensión en los hombres y de que terminarían de monjas, con hábito blanco y azul de larga cola. Se veían en jardines abandonados, con viejos cipreses y verdinegras albercas llenas de hojas secas, de madre selvas y de ranas. No sé por qué estas evocaciones las movía a cantar una habanera. Yo me acordaba de *La Favorita* y me confesaba que también me hubiera gustado vestir un hábito blanco y cantar con una dulce voz el *Spirto gentil*.

No me seducían, sin embargo, las voces de estas sirenas. Mi atención iba en pos de las feas. Hice su elogio en prosa y en verso y acabé dedicándoles todos mis pensamientos. Fué entonces cuando no necesité aspirar violentamente el aire para llenar el vacío.

Una noche, por fin, comprendí que aquel sosiego, aquel placer de admirar y hablar con las feas, era mi destino, mi ruta en esta vida, valle de lágrimas. Me abracé a esta idea con tal ahínco, que fué aquella noche decisiva en mi existencia, mi verdadero camino de Damasco.

No oía voz alguna, es verdad; pero indudablemente debieron decirme algo desde la altura.

Me preocupó durante unos días el aire definitivo que debía adoptar. ¿Seguía en muy 1830, o, por el contrario, me decidía por la bulla, el piropo y las gracias? Las opiniones que conseguí a fuerza de habilidad me llenaron de confusión. A unas les gustaban lacrimosos, fúnebres, verdaderos sepultureros románticos; otras los preferían alegres como castañuelas, rumbosos, agitanados y un poco matadores de novillos.

En el fondo yo reunía todas las condiciones apetecidas. Resolví mezclar y dar a cada una lo suyo, según mis observaciones.

Y comencé mi sacerdocio, mi donjuanismo místico, mi verdadera ascensión hacia la diestra de Dios Padre, adonde seguramente me sentaré con mi arpa,

mi nimbo sobre la coronilla y mi frondosa palma de célibe.»

“El áspero camino

Después de Pepita—la novia inicial—tuve amores con tres o cuatro muchachas, franca y desinteresadamente feas. Estos noviazgos se llevaron lo mejor de mi juventud, dejando, en cambio, unas cuantas postales falseadas por la habilidad del fotógrafo y con sentidas e inflamadas dedicatorias. También dejaron algunos rizos atados con cintas azules y rojas y una copiosa correspondencia.

La amapola de la ilusión se abrió a mi conjuro en lo más mollar de tres o cuatro corazones, y el ángel de los sueños voló largo y tendido bajo aquellas frentes exiguas o demasiado grandes. Frentes de picador o de Renán que cobijaron mi nombre y que acaso aún guardan mi recuerdo!

Lentamente seguía mi áspero camino. Más que un novio, yo me consideraba como un misionero; un hombre que se sacrificaba, que pierde quizás su vida abriendo los ojos a la fe a los pobres salvajes. Sí, yo era un misionero de la ilusión, de la esperanza; un hombre abnegado, romántico, conquistador de feas en el más puro sentido de la palabra.

Algunas — Asunción, Ramona — eran feas, pero tenían un cuerpo hermoso. Algo me recompensó este pequeño detalle. Otras, nada; ni cuerpo, ni ojos, ni pelo: nada, en toda la profunda desolación de la palabra.

El pueblo se reía de lo que imaginaba mis gustos.

—Peto, hombre, y perdona que me meta en lo que no me importa, ¿cómo demonios le puedes hacer el amor a Orosia?

—Ya ves.

—Parce que estás ciego: Ramona, Asunción, Pilar, Amparo... ¡Y ahora Orosia! Habiendo tanta muchacha sin novio, es una burla tu proceder.

—¿Qué quieres; a mí me gustan las feas.

¡Gustarme! Dios sabe que no; Dios es testigo de que sufría, de que me costaba trabajo. ¿Pero iba a abandonar a aquellas almas tristes?

Orosia—¡ay!—, Orosia era, además de fea y gruesa, un poco metida en años. Sin rodeos: Orosia tenía treinta años. Yo veinticinco.

Era de una fealdad rubicunda, encendida, muy llamativa. Tenía los ojos angustiosamente saltones. Era tremendo ver aquellos ojos mirar lánguidamente. Los labios, gruesos, carnosos y llenos de grietas, dejaban ver una tortuosa fila de dientes amarillentos, con ingeniosas tonalidades verdinegras. La nariz, chata, de amplísimas fosas negras, parecía una vieja pistola que se amenazara con sus cañones. El corsé, una verdadera coraza, le oprimía el vientre con tal violencia que la congestionaba, dándole un tono morado que era mi suplicio. Además, como la opresión hacía que el vientre subiera, los senos adquirían unas proporciones ciclópeas. Renunció a hablar de las caderas y aledaños.

Entonces, ¿cómo?... ¡Qué queréis! Era mi sacerdocio, mi misión. La pobre Orosia no había tenido nunca novio. ¡Nunca! ¡Comprendéis lo que esto significaba para mí?

Al principio me recibió con indignación. Me bufaba, me huía. Sus terribles ojos me lanzaban miradas esféricas, miradas completas que me llenaban de pavor. Luego, ante mi constancia y mi cara triste, fué dulcificándose. Yo insinué que eran sus senos únicos lo que me atraían. Lo creyó—¡oh, vanidad, vanidad!—. Lo creyó a pies juntos.

Y fuimos novios. En este noviazgo es donde yo creo firmemente que me ga-

né bien el asiento, el arpa y el nimbo. Orosia, la pobre, no discurría mucho. La verdad es que no discurría casi nada. Sólo tenía recelo, suspicacia, como un animal muy acosado. Mis líricas palabras no llegaban a interesarla; pero me las agradecía con leves gruñidos y fuertes codazos. Sólo era vulnerable a las caricias. Yo cogía sus manos entre las mías, pálidas y flacas, y parecía que tenía entre ellas un fresco y apetitoso sombrero.

Como quiero ser sincero en estas Memorias que escribo por gusto, lo diré todo: la besé. Sí, cerrando los ojos, sostenido casi en el aire por aquellos senos de otras edades, la besé un día.

Me pareció absurda su extremada sensibilidad ante un beso. Por poco se desmayó. Yo necesité pedirle un poco de agua para reponerme.

Desde aquel día la tuve que besar muchas veces.

Ella era feliz, pero yo me moría a chorros. Cada beso era un tormento indecible; cada caricia una intuición del infierno.

Como era verano, yo siempre tenía el botijo a mi lado.

—¿Por qué bebes tanta agua?
—Es que soy diabético—explicaba yo modestamente.

Ella se reía mucho de aquella salida mía. Creía que lo de diabético era un timo, un camelo, una cosa muy graciosa y gitana.

Por fin, un día, tomándome la cabeza y reclinándola sobre su pecho, me habló de boda.

—¿Cuando hablas a mi padre?

—¿De qué? Si vieras, lejos de ti soy tan poco comunicativo.

—Si digo que le hables para formalizar y casarnos.

Tan violentamente separé la cabeza de su amoroso pecho, que di con ella contra la pared, produciéndome una elevación dolorosa que me duró muchos días.

—¿Qué? ¿Es que no quieres?

—No es eso. Es que yo no tengo aún nada resuelto. No tengo dinero.

—¿Ah! ¿Pero tú no eres rico?

—Soy un San Francisco.

—¿Ay!

No entendió lo de San Francisco; pero supuso que yo era pobre como las ratas.

Sí; me dejó por pobre aquella buena Orosia, que me hizo ganar el cielo y me valió más burlas de las que un simple mortal soportaría.

Cuando me vi libre, respiré. Pero no hice propósito de enmienda.

El camino era áspero, pero yo estaba decidido a seguirlo hasta el fin.

En todo dolor hay un fondo de voluptuosidad.

"Don Juan de Asís"

Aunque por lo escrito pudiera deducirse que me burlo un poco de mis novias y de mi vocación, no es cierto. Al escribir no puedo por menos de ver que he vivido en ridículo; por eso, sin darme perfectamente cuenta, sin propósito alguno de burla, le doy, como una disculpa, un tono irónico a estas Memorias. Son estos resabios del siglo. Viví en ridículo; pero hay que confesar que este ridículo linda y aun penetra en el campo de lo sublime.

Soy un ilusionador, un sentimental, un exquisito romántico que sacrifica su juventud por llevar un poco de ensueño y de esperanza a las tristes almas que tienen una envoltura demasiado de barro.

Creo que tengo derecho a un poco de admiración.

Mientras que yo me entregaba a los poéticos y altruistas menesteres de mi sacerdocio, la vida, desconsideradamente, me fué castigando sin duelo. Quedé

pobre. Vivía oscuramente, con mil apuros cotidianos y contumaces. Algún día quedéme en espera del condumio, que, al cabo, llegó al día siguiente, aunque un poco a deshora. Yo no pude vestir a mi gusto, sino al de los buenos amigos que me regalaban sus trajes cuando ya no podían servir más que para mí. Lloré por mi derrota.

Pero el alma era la misma. El fuego sagrado de mi extraña y admirable vocación ardía en ella con la fuerza de los días buenos, y aun creo que reforzada por las amarguras del presente.

Siendo pobre a ojos vistos, me fué más difícil mi papel. Las feas querían novios guapos y ricos. ¡Era natural, Señor! Yo no les tuve en cuenta esta falta de caridad y de romanticismo. Las amé a mi manera, encendí en sus almas todas las bellas luminarias con el ardor de un mártir. ¡Pero se reían de mí! Sobre todo las criadas creían que buscaba el modo de comer a su costa. ¡Ah, sufrí todas las humillaciones! ¡Dejadme, dejadme ahora que lllore por mí, por mi vida perdida, por mi pobreza y mi dolor! ¡Dejadme, dejadme que lllore por las lindas novias que pude ilusionar y acariciar; por la mujercita cariñosa que cuidaría de mi corazón y por los hijos, los alegres hijos que no tuve nunca! ¡Dejadme, dejadme ahora que lllore, sólo un momento, por todo lo que no tuve, por todo lo que dejé perder sólo por seguir una ilusión, por querer ser la ilusión misma y quedar hecho dulce recuerdo en el corazón de muchas mujeres!...

Porque, en el fondo, todo se reducía a esto: que me recordaran con una dulce melancolía.

Fuí un Don Juan a la inversa. Un Don Juan que no sedujo a ninguna doncella, que no riñó, ni robó, ni escarneció a nadie; un Don Juan cándido como un Bautista; un sentimental que, por amor de compasión, amor de caridad, sacrificó su vida, su hacienda, su juventud y su reposo. Fuí un Don Juan de Asís; un San Francisco de las pobres feas, de las hermanas feas.

Ahora, viejo, pobre, con una calva que hace reír, ya no puedo continuar mi sacerdocio. Tengo que limitarme a mostrar mi preferencia, a estar galante, rendido, respetuoso ante las feas.

Cuando la primavera llega salgo al campo y corto flores, que reúno en un pequeño haz. Con este haz oloroso en la trémula mano recorro —no tengo nada que hacer— el pueblo, cediendo la acera a las feas, quitándome el sombrero sólo ante las feas. Cuando doy con alguna más fea que de ordinario, me acerco a ella y le ofrezco, sencillamente, mi pequeño ramo de flores. Ellas se ríen, se ríen... Pero no saben de qué.

Espero que muy pronto voy a morir. No me agrada la vida; pero con la alimentación que llevo y los años que me pesan no puedo durar mucho. No quiero morir; pero tampoco me espanta la idea de la muerte. Tengo la fundada esperanza de que cuando se diga: «Ha muerto don Crisanto», alguna viejecita, solterona, fea y triste, llorará por mí, que fui el único amor de su vida.

Poco a poco me he ido poniendo triste. Son los años, los recuerdos de las cosas que no tuve y una comezón, un desasosiego que empieza a roerme el estómago.

Esta es mi vida de enamorado. La vida ejemplar de un Don Juan de Asís.

—Ya no hay más.

—Chico, es de lo más curioso...

—Si parece mentira.

—Bueno. Vámonos. Es ya tarde.

—Y presumíamos nosotros de románticos...

Se disolvió la tertulia de los enamorados, iban un poco tristes.

Uno, ya en la calle, comenzó a recitar: «Y no es verdad, dolor, yo te conozco: tú eres recuerdo de la vida buena...»

La luna, muy alta, muy redonda, parecía un plato limpio; un plato en el que acabara de comer el bueno de don Crisanto.

La muerte de don Crisanto

Al día siguiente el viejo enamorado de todas las imposibles recibía el homenaje de los juveniles enamorados. Los acogió don Crisanto con satisfacción no exenta de ironía. Recibió unos paquetes de tabaco, unas pesetas y efusivos apretones de manos.

—Es usted un hombre extraordinario. —Todos los días le ayudaremos conforme a nuestras fuerzas.

—Gracias, gracias. Al cabo recibo la satisfacción de verme comprendido.

De pronto, saludó con el sombrero en la mano. Era una fea.

Los mozalbetes no supieron contener una sonrisa.

—Bien; ríen. Estoy ya tan acostumbrado...

No quiso la Providencia que don Crisanto siguiera sus días de ayuno. Enfermó de alguna gravedad, y, como estaba solo, tuvo que acogerse a la caridad del hospital. Allí le siguió la admiración de los enamorados, que le visitaban a diario y le leían los versos de sus poetas favoritos.

Don Crisanto se moría encantado. El hospital, limpio, soleado, unía a su caridad un encanto desconocido de todos. Había una hermanita, de unos veintidós años, de una perfecta fealdad. Don Crisanto pidió y obtuvo que fuera ella la que lo atendiese.

—Voy a morir a gusto—solía decir.

—¿Por qué? —interrogaba la hermanita.

—Porque voy a morir entre las mías.

La santa y dulce monja no alcanzaba el sentido de aquellas palabras. Pero don Crisanto no era hombre capaz de frenar aquella mística llama en que ardía su corazón. Suplicó a la hermana que le hiciese compañía en los ratos en que no la atrajese ningún cuidado. La sor accedió una vez más. El enfermo, poco a poco, le fué contando su vida.

Una tarde le trajeron sus amigos un ramo de flores. Don Crisanto las acarició como si acariciara la cabeza de un niño; después se las ofreció a su enfermera.

—Hermanita, ¿quiere usted aceptar estas flores?

—Con mucho gusto. Se las pondré a la Virgen.

—Perdón. Yo quisiera que no se las pusiera a nadie. Que fuesen para usted.

La monja, un poco extrañada, sonrió sin saber qué decir.

Otra tarde, era por el otoño, un sol dorado entraba por las altas ventanas y había en la sala del hospital un grato olor a tierra mojada.

«Algo que es tierra en nuestra carne —pensó el enfermo— siente la humedad del jardín como un halago.»

La enfermera estaba de pie junto a la cabecera del raro poeta. Don Crisanto la miraba, la miraba.

—Hermanita, ¿leyó usted versos alguna vez?

—¡Oh, sí! Versos a la Virgen.

—No es eso, no es eso. Digo, versos de amor.

—¡Por Dios!

Calló don Crisanto. Un momento se le vió luchar con su pensamiento. De repente, tomando una mano de la sor, dijo:

—Hermanita, ¿cuánto la hubiera amado yo de encontrarla a tiempo!

Escapó la monja enojada y ruborosa.

Después, cuando le contaron la rara manía de aquel hombre, le perdonó y hasta consintió que le dijese: «¡el pobre viejo enfermo! — algún exquisito y velado madrigal.

Murió don Crisanto una madrugada de diciembre. Hacía mucho frío. En la calle la nevada cubría los tejados.

Sus amigos los enamorados acompañaron su cadáver.

Fin

Iba pasado mucho tiempo, casi un año. En la tertulia de los enamorados se seguía leyendo versos, escribiendo largas y emocionadas cartas, bebiendo aguardiente. El recuerdo de don Crisanto era evocado con frecuencia y cariño.

No se reían de él; habían comprendido su delicado espíritu y hasta alguno, sintiendo por las pobres feas una profunda simpatía, una romántica compasión, había intentado seguir aquel áspero camino de las Memorias del buen viejo. Pero si muchos son los llamados, son pocos los elegidos. Ante la gracia pícaro, la belleza armoniosa y en brote de las otras muchachas, el novicio sentía flaquear su fe y acababa apostatando, arrullando las menudas orejas de las muchachas bonitas con sus juveniles madrigales.

No se podía—al menos, ellos no podían—seguir aquel ejemplo, ajustarse a la dura regla; pero cultivaban el recuerdo del loco poeta con cariño.

Iba pasado mucho tiempo. Como que llegó el día de los Difuntos. Casi un año. Era costumbre visitar el sagrado recinto donde está el recuerdo de los que fueron. Los nichos, los panteones, las humildes tumbas que sólo ostentan una cruz de madera clavada en tierra, se llenaron de retratos de los muertos, se adornaron de flores y de coronas.

Alguno de los enamorados se acordó de don Crisanto.

—¿Queréis que le compremos una modesta corona?

Se aceptó la idea. Se compró la corona y allá fueron, camino del campo santo, con el piadoso recuerdo.

El cementerio era un cuadrado amplio, feo, árido. Unas filas de raquíticos cipreses encauzaba los senderos. Entre las tumbas crecía una hierba amarillenta y triste.

Había mucha gente colocando retratos, flores, coronas, limpiando los cristales de los nichos, adornando esas cruces que llevan grabado, en lo que parece su corazón, un nombre. Era un recuerdo de los muertos, sí; pero en este recuerdo, como en todo, alentaba la vanidad de los vivos. Todos querían que las tumbas de sus deudos estuvieran mejor adornadas que las otras. Era, en realidad, algo así como un concurso de escaparates... Por la tarde iría el pueblo entero, como en romería, a turbar el supremo reposo de los muertos. Debía estar todo brillante, bien arreglado, casi atrayente.

Los enamorados, con su corona en la mano, se dirigieron hacia la fosa humilde de su amigo. Pero se detuvieron. Una mujer enlutada arrancaba la hierba, enderezaba la cruz, que se había inclinado.

Luego dejó sobre la tierra, en aquella leve hinchazón que parecía moldear un cuerpo, un pobre, un sencillito y humilde ramo de flores.

—¿Quién será?

—No nos importa. Dejé a esa mujer, a esa única fea agradecida, que cumpla con el que un día supo encender la lamparilla de su esperanza.

Esperaron. Dejaron que aquella buena alma agradecida se alejase para no conocerla. Luego, descubiertos, colocaron en la cruz la corona.

F. MARTINEZ-CORBALAN

Ilustración de BARTOLOZZI.

LIBROS RECIBIDOS

Tierra nueva, por Knut Hamsun.—Esta bellísima novela del célebre escritor sueco, premio Nobel de Literatura, ha sido admirablemente vertida al castellano por el notable escritor Pérez Bances, uno de nuestros más capacitados literatos, como lo ha demostrado en otras versiones de obras exóticas igualmente magníficas.

Pekín y El Mogrheb, por Pierre Loti.—Vicente Díez de Tejada, con su acierto de siempre, acaba de traducir estas bellísimas crónicas del célebre escritor francés, fallecido no ha mucho, en dos magníficos volúmenes.

Telepatía: La acción del pensamiento por sí solo y los medios de conseguirla, por W. Fowler Shell.—La edición española de esta obra de tan considerable importancia científica, avalorada por un notable prólogo y notas del ilustre escritor Rafael Urbano, es un verdadero acierto, digno de todo encomio.

Política española, por Benito Pérez Galdós.—Alberto Ghirardo, el ilustre poeta y dramaturgo argentino, no descansa en su meritoria labor de darnos a conocer la magnífica obra inédita que nos legara el glorioso patriarca de las letras españolas. Los trabajos reunidos en este cuarto volumen—amplio y vivo todavía el éxito obtenido por los tres anteriores—son de extraordinario interés, no sólo por ser páginas escogidas del maestro inmortal, sino porque se tratan en ellas aspectos y personas de la política

española en una época que tanto influyó en el curso de la historia patria, y de la que proceden directamente, no sólo la ideología, sino los caminos que han traído a la realidad política de nuestros tiempos. La obra que está realizando Ghirardo es merecedora de toda gratitud y aliento.

El bandido de la Sierra, por Luis Fernández Ardavin.—Se acaba de publicar, en un elegante volumen, el hermoso drama del gran poeta castellano, una de sus obras más recias y fuertes, en la que sus insuperables dotes de versificador se ponen de manifiesto en toda su magnificencia. Completan este volumen otras dos obras de Ardavin, igualmente bellas y de honda condición poética: *Romance de Doña Blanca* y *Farsa*.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—MADRID—Sagasta, 14

Últimas novedades:

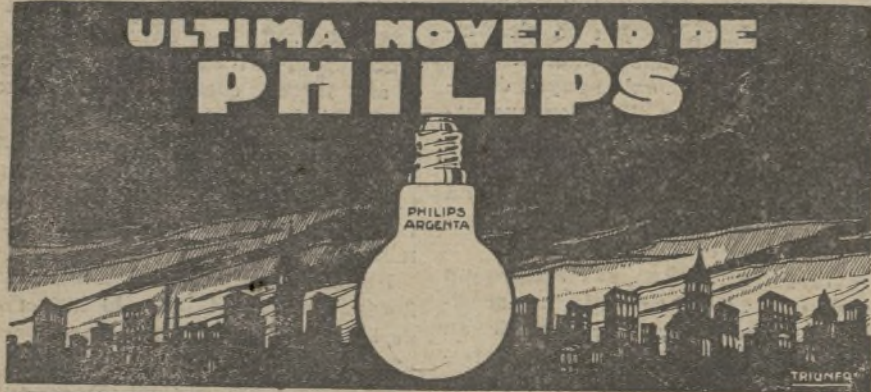
	Pesetas.
DOCTOR JUARROS: Las hogueras del odio.....	5
GUTIÉRREZ-GAMERO: Sitilla.....	4
El corregidor de Almagro.....	4
VERLAINE: Carlos Baudelaire.....	4
GUIDO DA VERONA: Yvelise.....	5
MARCELINO DOMINGO: La isla encadenada.....	4
ANTOLÍN LARDI: La mejor cocina.....	5
PÉREZ DE AYALA: Tinieblas en las cumbres.....	5

EN TODAS LAS LIBRERÍAS Y ESTACIONES
RIVADENEYRA, Gran Vía, 8
PIDANSE CATÁLOGOS.—ENVÍOS A REEMBOLSO



Un tren se adelanta o se atrasa.
El reloj **M. Z. A.** no se adelanta
ni se atrasa **jamás.**

CARLOS COPPEL
FABRICA DE RELOJES.—FUENCARRAL, 27



ARGENTA
Luz más hermosa y más decorativa
para el comercio, casinos, particulares, etc

Al por mayor: **ADOLFO HIELSCHER, S. A.**
Almacén de material eléctrico
MADRID: Calle del Prado, 30.—BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MOTOCICLETAS ESCUELA PRÁCTICA DE AUTOMÓVILES Y MOTOCICLETAS — ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO
DE
EL IMPARCIAL
CALLE DE ALCALÁ
ESQUINA A BARQUILLO
Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.—Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

